

Francisco Sánchez-Blanco, *La mentalidad ilustrada*

Valeriano Bozal

Desde que Sarrailh publicara sus ya clásicos estudios sobre la España ilustrada, muchos han sido los realizados sobre este tema y muy diferente la fisonomía del siglo XVIII español que los historiadores contemplan. El libro de Francisco Sánchez-Blanco, *La mentalidad ilustrada*¹, tiene la virtud de ofrecer una visión de conjunto a la vez que introduce puntos de vista originales que rompen con algunos de los tópicos establecidos. El propio autor se refiere a algunos de ellos cuando, ya en las primeras páginas, critica la concepción de Sarrailh según la cual es preciso identificar el movimiento ilustrado en España con el tiempo de Carlos III, un planteamiento que, como es bien sabido, ha hecho escuela y ha reducido el papel de la mentalidad ilustrada, a la vez que ha fomentado la idea de una España diferente al resto de Europa. Esta tesis, la de la diferencia, ha tenido un fuerte predicamento en la historiografía de corte romántico y postromántico que, en buena medida, está en sus orígenes. La posición de Sánchez-Blanco es en este punto muy

¹ Madrid, Taurus, 1999.

La balsa de la Medusa, 50, 1999.

diferente. A la vez que sugiere que la ilustración carolina tiene un fuerte componente conservador², considera que la mentalidad ilustrada se configura ya en la primera mitad del siglo XVIII y lo hace, bien es cierto, en el marco de las influencias europeas, pero también en el horizonte de una transformación interna del pensamiento en España, a la luz de debates y polémicas, intereses institucionales y culturales propios. Ilustrados son para Sánchez-Blanco todos «aquellos que sometieron al análisis de la razón la realidad social sin doblarse al dictado de la tradición; los osados que superan el miedo a la autoridad y los que tienen coraje suficiente para pensar por sí mismos; los que dejan de reverenciar lo vigente y proponen proyectos apoyándose en argumentos de experiencia y de utilidad...» (p. 333).

El cambio dinástico propició la «introducción» de ideas y gustos extranjeros, pero este hecho no era

² He mencionado sus primeras palabras, quizá sea adecuado citar las últimas, aquellas con las que cierra su trabajo: «La primera Ilustración desemboca en una crisis precisamente en los comienzos del reinado de Carlos III. Lo que después viene no es de ningún modo la apoteosis de los principios gestados en el período anterior. El sistema del despotismo carolino desarrolla su propio carácter a partir de los motines de 1766, con la consiguiente expulsión de los jesuitas y el encarcelamiento de Pablo de Olavide. Eso indica que no fue un triunfo de los 'ilustrados', sino que algunas actitudes y formas de pensar no entraban dentro del sistema y, por eso, fueron perseguidas. Ese cambio de rumbo sólo se llevó a cabo promocionando desde los medios oficiales una mentalidad alternativa y favorable a la represión de las novedades» (p. 333). Sólo cabe esperar su prometido estudio de este período.

por completo ajeno a la evolución que se estaba produciendo durante el reinado del último austria. Sin olvidar a otros autores de menor relevancia, Sánchez-Blanco se centra en la figura de Feijoo, al que considera el principal representante de esa mentalidad ilustrada, cuyos matices describe con precisión. La actitud crítica, por una parte, la información histórica y científica por otra, eludir el enfrentamiento frontal con la ortodoxia religiosa, también, separando lo que es propio del conocimiento y lo que corresponde a las creencias...; todo ello en el marco de un discurso que huye de la seguridad académica y se enmarca en la «opinión» que permite el género epistolar, no exenta en muchas ocasiones de un sarcasmo agudo o cautelarmente irónico.

La otra gran figura de esta época, Gregorio Mayans y Siscar, ofrece, en opinión de Sánchez-Blanco, un perfil muy diferente. Mayans es, ante todo, un humanista, y ello quiere decir en ese momento un intelectual que mira más al pasado que al futuro, que se atiene a la tradición, a la que desea ser fiel: recuperar su lenguaje y sus textos, hacer un trabajo filológico, combatir el escolasticismo y su latín obsoleto y simple, atenerse a las fuentes, editarlas, estudiar a los comentaristas y elegir a los mejores de entre ellos... Mayans no encuentra en la ciencia natural el fundamento de sus «verdades», éste se halla en la historia y en el derecho, a los que concibe por encima de la ciencia natural, experimental, propensa a la heterodoxia. La modernidad de Mayans radica en la más

rigurosa interpretación de la tradición, que debe ser corregida de errores y desviaciones.

La «cuestión Mayans» nos conduce directamente a una de las tesis centrales del libro de Sánchez-Blanco: la mentalidad ilustrada no surge en un marco de simplicidad que enfrenta a antiguos y modernos, como si cada uno formara un grupo compacto y homogéneo. La situación es mucho más compleja. Por una parte, nos encontramos a los que podemos considerar tradicionalistas «puros y duros», los defensores a ultranza del escolasticismo, preocupado ante todo por la persistencia de la tradición filosófica, a la que considera requisito esencial para el buen estado de la religión: poner en duda el escolasticismo afecta a la verdad religiosa. Al margen de autores más o menos conocidos, cabe decir que ésta es la posición de las universidades, encastilladas en la defensa de sus intereses, que hacen coincidir con la defensa de la tradición. En segundo lugar, los humanistas y eclécticos, muchas veces humanistas eclécticos, entre los que destaca Mayans, alguno de sus discípulos, que tienen personalidad propia —tal es el caso de Andrés Piquer— y, en general, el círculo valenciano. Por último, los mecanicistas o «materialistas», los más atentos al desarrollo del conocimiento científico y experimental. Esta actitud se inscribe en el seno de nuevas instituciones académicas, más libres e independientes que las universidades, y en los géneros del discurso que, como el epistolar y el periodístico, tienen una naturaleza más ensayística. Naturalmente, nin-

guno de estos grupos es compacto, en su seno predomina la heterogeneidad y cada uno de ellos es propenso al cambio, motivado en algunas ocasiones por nuevos conocimientos e informaciones, por debates científicos o por acontecimientos como el terremoto de 1755, al que Sánchez-Blanco presta cuidadosa atención.

Sánchez-Blanco analiza la mentalidad ilustrada sin olvidar que el pensamiento particular se inscribe en el marco de instituciones con intereses muy concretos, el pensamiento no se construye en el aire: «Tras los discursos mentales que refuerzan la continuidad y previenen contra el peligro de las innovaciones hay siempre instituciones, grupos de personas con intereses o bases económicas comunes, cuya voluntad de supervivencia representan una tenaz fuente de inercia, que impide que atisbos de cambios lleguen a convertirse en revoluciones haciendo que determinadas ideas se difuminen o acaben llenando los odres de antaño» (p. 243). El terremoto de 1755, que destruyó Lisboa y afectó a ciudades importantes de Andalucía, Sevilla en primer lugar, es ejemplo inmejorable de esta situación. A propósito del terremoto se desarrollaron explicaciones de todo tipo, en las que se plantean la condición de la providencia divina, el papel de la ley natural, la intercesión de santos y vírgenes, etc. La catástrofe pone en cuestión muchas creencias y, a la vez que fomenta la superstición —como tal deben entenderse hoy (también entonces) muchos de los recursos religiosos a los que predicadores y clérigos de todo tipo incita-

ban—, alienta una comprensión más «científica» del mundo³.

Me parece un acierto de Sánchez-Blanco plantear los problemas del gusto en torno a esta mentalidad ilustrada de la primera mitad del siglo, a partir de los textos de, entre otros, Luzán y Feijoo. Lamentar, sin embargo, que no se haya extendido más en su exposición y que la aproximación a Luzán sea, a mi juicio, muy débil: Luzán hubiera podido ser uno de los ejemplos de la dificultad de mantener una actitud ilustrada, del peso de la tradición escolástica y de su colisión con el nuevo pensamiento y la sensibilidad que se están gestando. Si antes se había hablado de la relación entre las ideas y las instituciones, ahora hubiera sido bueno llamar la atención sobre una relación no menos importante —atisbada aquí en lo que se refiere al teatro—, la que existe entre las ideas estéticas, las ideas de gusto, y la práctica del mismo. El papel que juegan la Iglesia y la Corona en el desarrollo de la sensibilidad y los problemas a los que tienen que enfrentarse los historiadores del arte en España para deslindar con nitidez al

³ «En términos de la filosofía europea de la época, las elucubraciones consiguientes al terremoto de 1755 abocan en una cierta crisis de la visión religiosa providencialista, que concede a las acciones rituales una eficacia mágica. Simultáneamente, se percibe la consistencia de la visión mecanicista de un mundo regido por leyes siempre iguales y no por intervenciones ocasionales de una voluntad poderosa y tornadiza, en cuanto que cambia de parecer mediante oraciones e intercesiones. Esta idea científica del universo subraya el orden y la armonía vigente en el conjunto de los seres creados, dato que la razón teórica y práctica descubre al margen de la revelación positiva y de las interpretaciones eclesíásticas» (p. 254).

incipiente Rococó del postrer Neobarroco, son algunos de los factores a tener en cuenta en el momento de abordar los problemas del gusto, y muy en concreto las ideas de Luzán, en la primera mitad del siglo. Justo es señalar a este respecto que ni las reflexiones de Luzán ni las de Feijoo pueden compararse en complejidad y rigor con las de autores como Addison o Hume, pero no será impropio recordar que tampoco la tradición teórica y la práctica artística y literaria españolas constituyen término de comparación. Ello a pesar de las incipientes transformaciones que empiezan a producirse, visibles sobre todo en los géneros menores, muy parcas en las «grandes obras» de pintura, escultura y arquitectura (con excepciones que ahora no hacen al caso). Será preciso esperar a la

segunda mitad del siglo para que el panorama adquiriera una (compleja) fisonomía diferente.

En cualquier caso, señalar que Sánchez-Blanco no limita los problemas del gusto y de la sensibilidad a cuestiones de estética y arte. Hay una nueva sensibilidad para los asuntos públicos, políticos, y para la comprensión de las emociones, en la adopción de nuevas pautas morales, una ética secolar que se preocupa por la beneficencia y la justicia social, hay una sensibilidad diferente en la percepción del mundo, de las modas, de la naturaleza, del *otro...*, aunque no existan teorizaciones de la contundencia de las europeas y sea en los periódicos o en las cartas donde tengamos que buscar lo nuevo..., en lo que España tampoco es tan diferente del resto de Europa.